**Oriol Pi de Cabanyes**

# Las trampas del deseo

Esta nueva etapa de austeridad que se nos viene forzosamente encima ¿va a poner también patas arriba la idea de gratuidad total a que nos han acostumbrado tantas descargas de internet y tantos jolgorios municipales? La gratuidad se asocia a futilidad, a prescindibilidad. Las cosas, para ser apreciadas, tienen que costar un mínimo conseguirlas.

El analista de las relaciones entre la economía y la psicología Dan Ariely señala en su ensayo *Las trampas del deseo* que las decisiones del consumidor vienen muchas veces determinadas por la percepción previa de lo que significa tal o tal otro producto. Compramos, más que por necesidad, por revestirnos de un determinado estatus. Nos comparamos con el vecino constantemente. La dependencia del qué dirán tiene un gran peso en nuestras actitudes. "Creemos que la palabra gratis es mágica. Y puede resultar un anzuelo para llevarnos a consumir la siguiente cosa", ha observado. Es así. ¡Cuántas veces no nos han ofrecido en puro marketing engañoso tal o tal cosa gratuita para que luego la paguemos con creces!

Pues bien, Ariely cuenta que un día decidió anunciar que recitaría unos poemas a sus alumnos. Pero a unos les dijo que cobraría entrada y a otros que pagaría a quienes fueran a escucharle. ¿Resultado del experimento? Que unos y otros se quedaron con la duda de si asistir al recital sería un placer o una tortura.

Si has pagado por un espectáculo que no te ha satisfecho te cuesta más reconocer que no te ha gustado, porque ello conlleva que te equivocaste al escogerlo. Pero si no has pagado, la exigencia se puede elevar al cuadrado. Y la crítica acrecentarse. Sobre todo si sale gratis, si no exige ninguna contrapartida personal, si no te compromete con alguna responsabilidad.

La actitud del escolar forzado ante el libro de lectura obligatoria ha dado bastantes malos resultados. No es lo mismo leer por gusto que por obligación. Y es que la disponibilidad psicológica ante el hecho de leer no es la misma. En la enseñanza nos deberían haber ayudado a descubrir las virtudes ocultas en los libros y no a imponérnoslos.

Soy contrario al Estado que supuestamente lo regala, y lo degrada, todo. La enseñanza y la cultura, o el entretenimiento, tienen que costar algo, aunque sea simbólico, pero algo. Ya dice el refrán que lo que nada cuesta nada vale.●